

nidas eran motivadas por el remordimiento de haberle ganado, á la mala, doscientos pesos a su amigo.

—¡Pues buen modo de pagar tienes, hijita! ¿Eso se estila por allá? ¡Ea! Lárgate y no vuelvas, que yo hablaré con tu mujer para que ella pague por tí. Véte tranquila á tu Purgatorio, y no te reconcomas por candidices.

Y efectivamente. El alma de Diego Pérez no volvió á rebullirse. Si hubiera perseverado en la manía de las escapatorias, el padre Calancha, que debió tener bien organizada su policía, lo habría sabido y nos lo hubiera contado.

La monja llamó á la alegre viudita, y la intimó que pagase á Zapata los doscientos duros de que el difunto se había confesado deudor. Madama quiso protestar el libramiento, alegando razones que, probablemente, serían de pié de banco, porque la sierva de Dios le repuso con toda flemma:

—Bueno, hijita, como quieras. Que pagues ó no pagues me es indiferente. Lo que sí te aseguro es que esta noche tendrás de visita á tu marido. El se encargará de convencerte... y hasta de cobrarte cuentas atrasadas.

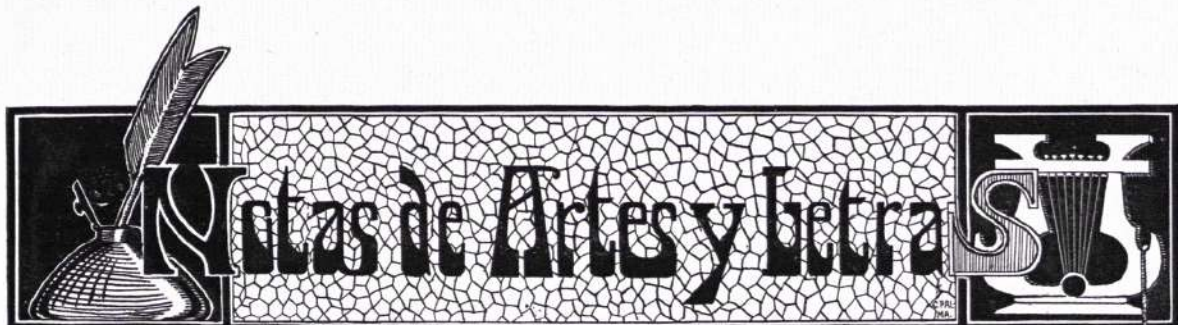
Ante tal amenaza, la viudita, cuya conciencia no estaría muy sobre la perpendicular, se avino á pagarle á Zapata los doscientos de la deuda. Prefería largar la mosca á volver á tener dimes y diretes con el difunto.

Y aserrín, aserrán
los maderos de San Juan;
los del rey asierran bien,
los de la reyna también;

los del duque
truque, truque;
los del dique
trique, trique.

Ahora bien, digo yo: ¿no convienen ustedes conmigo en que, en este condenado y descreído siglo, las benditas ánimas del Purgatorio se han vuelto muy pechugonas, tramposas y sin vergüenza? Para delicadeza las ánimas benditas de há tres siglos. Hemos visto á una de estas infelices en trajines del otro mundo á éste, para pagar una miserable deuda de doscientos pesos. ¿Y hoy? Mucha gente se va al otro barrio con trampa por centenares de miles, y en el camino se les borra de la memoria hasta del nombre de acreedor.

RICARDO PALMA.



Los latino americanos estamos condenados—salvo los desmentidos de posibles artistas geniales— á no tener manifestaciones artísticas expresivas de la raza y de nuestro medio, me refiero á la producción literaria que interesa universalmente, á la producción que trasladada á cualquier idioma deleita, satisface y emociona, á la obra de arte que hace florecer en todos los espíritus la misma admiración y arranca el mismo juicio. No deja de ser interesante ese fenómeno que se observa con nuestra mentalidad artística en sus relaciones con el americanismo: mientras más americana es una obra artística menos artística é interesante resulta. ¿Qué ocultas antinomias, que misteriosas repugnancias, qué extrañas repulsiones hay entre el sentimiento de lo artístico y la cristalización en prosa ó verso de nuestra vida y de nuestra naturaleza en lo que tiene de genuino? Haced una descripción lo más entusiasta y colorida de un valle, de un lago, de un bosque y seguramente que si se os escapa en el curso de vuestra descripción algunos términos regiona-

les, ó presentáis como aditamento al cuadro unos *amores quechuas* ó unos *flirteos criollos* todo el arte de la descripción es tiempo perdido y lo que es peor habeis malogrado vuestro trabajo, introduciendo las notas de disonancia. Nunca he podido convencerme del arte criollo y del arte indígena. No puedo convencerme de que un individuo á quien se le saltan las lágrimas de emoción escuchando la grave y melancólica sonata 14 de Beethoven pueda sentir iguales emociones con los yaravies de Melgar, que tanto conmueven á los ingenuos provincianos y á las niñas sentimentales de nuestra clase media. Y al contrario, los que se emocionan con el *Conque al fin tirano dueño*... se quedan más frescos que una lechuga escuchando las sonatas del maestro; ó la partitura del *Tristan*. Podría pensarse que no es el *americanismo* lo que resulta antiartístico, que la razón de esta impotencia para hacer cosas interesantes y bellas con los formas de nuestra vida social y con nuestra naturaleza es que

aun no existe el poeta, el novelista, el narrador, el psicólogo, el artista en una palabra que con la fuerza de su mentalidad sepa hacer sentir intensamente la poesía oculta ó explotada con poco acierto. Cuando ha aparecido el artista, ha hecho sentir en todas partes el poder de su imaginación y redimido, hasta cierto punto, el cargo de *antipoética*, de mazacotuda, de poco interesante que tienen *nuestras cosas*. Por consiguiente el defecto no está en los temas mismos sino en el hombre. Podrá ser esto muy cierto. El que estas líneas escribe cuando se *inició en la literatura* (sic) lo hizo declarándose entusiasta americanista y reprodujo los eternos argumentos de cajón para probar que hay en América los elementos necesarios para informar un arte original y propio. Desgraciadamente todo ello que tiene cierta fuerza lógica no la tiene cuando se pasa de la dialéctica al terreno de la emoción estética. Algunos nombres de artistas y literatos americanos han cruzado el Atlántico y se han impuesto. Montalvo indudablemente fué un artista admirable de la palabra. Las *tradiciones peruanas* son conocidas y apreciadas en España. Y finalmente la *María* de Jorge Isaacs es popular en la península. Pero que los escritores Isaacs, Montalvo y Palma se hayan hecho admirar más allá de sus respectivos países, ¿probaría que sus fuentes de inspiración sean artísticas por sí ó que han sido ellos por propia energía los que han embellecido y redimido de su prosaísmo y de su falta de interés los temas americanos que han explotado? No es discreto ni oportuno discutir estos casos concretos.

Es en la novela precisamente—y por ello el triunfo de Isaacs en este género es más notable—en donde hay mayores dificultades que vencer para que se concilien el arte y el americanismo. Nuestra vida social sin problemas, nuestra constitución moral sin anomalías, nuestra incoloración en las agitaciones de la vida, el paulatino esfuerzo con que artificiosamente queremos estar á la moderna, el caldo soso y desabrido que corre por esos macarrones que tenemos por venas, y el criollismo, el antiartístico criollismo que informa toda nuestra vida interna y externa, nuestras cosas, nuestro lenguaje y hasta nuestro sueño, todo eso y mucho más, hace que, cuando el arte quiere reproducir en la novela nuestras psicologías, resultamos descoloridos, grises, locales, provincianos. Esta es la palabra. Nuestra novela es novela provinciana, nuestra poesía poesía provinciana, nuestro modo de sentir sentir de provincianos.

Lo que hay de artístico y de interesante en el ensayo romanesco de Carrillo es por esta razón el poco regionalismo de ella, no obstante desarrollarse el argumento en estas tierras del champús, la chicha morada y los tamales; Enrique A. Carrillo, espíritu culto y fino ha sabido saturarse durante su larga estadía en Europa de esa ironía benévola, mundana y delicada, de ese excepticismo sonriente y suave que caracteriza la cultura francesa moderna, y al aplicarlo á la psicología de los personajes de su novela ha conseguido desbrozar ese criollismo nativo en que comprendía peligraban los fueros del buen gusto. No quiero citar nombres pero declaro que ese montón, no muy alto, de novelas criollas que constituye nuestro trofeo literario me atosiga como un puchero mazacotudo é indigesto. Encuentro allí intenciones moralistas, propósitos docentes, fines políticos ó religiosos, descripción de costumbres locales etc. todo menos la finalidad artística y mucho menos aun el procedimiento artístico.

Difícil es—no imposible porque la cuestión en reali-

dad se reduce á que un espíritu selecto, de fantasía poderosa y sugestivo estilo encuentra el punto de vista artístico que yo no percibo—repito, es difícil encontrar en nuestra vida moderna elementos interesantes para la novela. Los tipos que ofrece nuestra aristocracia no son muy explotables, porque francamente es allí donde más fácil de apreciar es la falta de complicaciones de espíritu, de esquisiteces de sentimiento y en donde se observa más claramente la frivolidad, la vacuidad y la simplicidad de estructura mental y pasional. Pobrísima ó falsa sería la novela psicológica *nacional* escrita con los datos verídicos de una observación minuciosa y honrada de nuestra vida social. Y la misma pobreza de interes ofrecen las demás clases sociales. El novelista, pues, tendría que ponerlo todo, inventarlo todo ó mejor dicho falsearlo todo para que su obra tuviera—aparte de los fines locales, estrechos, provincianos—el interés artístico perdurable y general. Igual carencia de elementos hay, en mi concepto, para la novela descriptiva inspirada más que en las acciones humanas en los prestigios de nuestra Naturaleza tropical y exuberante, que, por más que hago, no me resulta todo lo fresca, lozana y llena de color y encanto poético que tiene la Naturaleza en Europa. Será porque no conozco mi tierra ni sus formidables paisajes celebrados por los viajeros, por lo que no siento grandes entusiasmos por el paisaje de mi país. Creo que lo que impone poesía y belleza á la Naturaleza es el hombre mismo, y si la belleza y la poesía no palpita en la vida humana, la Naturaleza resulta indiferente, un simple marco sin la tela que lo prestigia. Pero aun suponiendo que me sintiera profundamente entusiasmado con la exuberante vegetación y las maravillosas mirandas de nuestras selvas, montañas y ríos, me imagino que de allí sólo sacaría los elementos para escribir novelas de aventuras con los salvajes, los pumas y las fieras; es decir novelas estilo Aymard y Maine Reid *ad usum* de adolescentes de imaginación acalorada. Es decir que en la novela caeríamos en el orden artístico en el *americanismo objetivo* que resulta precisamente el menos artístico y el menos interesante.

En América y en especial entre nosotros que vivimos una vida sin color, que no tenemos en el orden moral matizaciones definidas, que no tenemos en el arte sino dilettantismos; que, por constitución étnica y por deficiencia de educación, somos incapaces de reaccionar sobre nosotros mismos y buscar nuevos horizontes, la novela es el género literario más difícil de cultivar porque nos faltan todos los elementos internos y externos para su confección. Sólo una novela acaso podría tener éxito y es la novela histórica, la novela de la colonia. Nuestra vida colonial seguramente tiene prestigios artísticos y bellezas incomparables, que fácilmente sabría explotar una imaginación rica capaz de reconstruir el pasado inmediato de nuestras razas con ese encanto indefinible que tienen las casas viejas, encanto que va desapareciendo á medida que vamos acercándonos á la época contemporánea.

Se me han ocurrido estas reflexiones con motivo de las dos ó tres novelas en preparación y que, según voces que corren entre los jóvenes escritores aparecerán pronto. Una de ellas se titula *Sábado de gloria* y su autor es Enrique Carrillo. Ojalá que este escritor y los otros noveles cultores del género logren hacer algo que desmienta las afirmaciones acaso inconsistentes de mi anticriollismo romanesco.

CLEMENTE PALMA.

